



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



12 de enero de 1889



Núm. 63



EL GATO Y EL PERRO



## UN RATO DE CHARLA



UY á gusto hemos pasado ya por todas esas fiestas, que, á la verdad, en medio de su alegría, no dejan de ofrecer también graves molestias á causa de la nube de pedigüños que molestan al prójimo y de los numerosos *extraordinarios* con que se agravan los presupuestos domésticos.

Conviene, pues, ahora refrenar un poco el afán de gastar y dedicarse á la economía casera, para que no comience á asomar la oreja el terrible fantasma de la desnivelación ó *déficit*.

A mi ver, lo triste no es que se haya gastado tanto dinero, sino que se haya gastado de la manera que se ha hecho: en pavos, mazapanes, turrone y otros comestibles.

Sin duda que el comer es para la gran mayoría una cosa esencial, no sabiéndose hasta ahora que haya más estómagos privilegiados que los de Succi y Tanner y unos cuantos ayunadores más; pero *el pan del espíritu* no es menos esencial. Sólo á costa de atender con igual cuidado á uno y otro alimento, se puede hacer la vista gorda sobre los excesos de gula de que puede aparecer culpable el hombre.

En toda Europa no hay, sin duda, gente que preste mayor atención á los placeres de la mesa que nuestros vecinos los franceses; pero ya tienen cuidado ellos de suavizar su gastronomía con una protección decidida y envidiable á las letras y á las artes.

Tengo á la vista un catálogo de los libros de aguinaldo acabados de publicar, y suman justamente 124, desde *Anfossi* á *Yriarte*. Las tiradas de esos libros suelen ser de 2,000 ejemplares, que se venden todos, de donde resultan que se despachan 248,000 ejemplares, cuyo precio varía desde 50 ó 60 francos á 2  $\frac{1}{2}$ .

Dios me libre, ahora, de no tener de renta diaria algo más que tantos céntimos como libros han expendido nuestros libreros con ocasión de estas fiestas.

Esto es una cosa tristísima en un país donde se gastan *cinco millones de duros* en la lotería, cuando el sorteo de Navidad.

Y hé aquí ahora otra diferencia esencial que nos separa de los franceses: con ocasión de la crisis por que está pasando la empresa del canal de Panamá, propuso uno de los accionistas que se acudiese al expediente de una rifa cuyo premio mayor sería de 400,000 duros; pero al momento fué desechada tal proposición por descabellada y absurda.



A buena hora iba ningún francés á exponer cien duros para tener una probabilidad entre cincuenta mil de cargar con el gordo. Así fué que, caso de haberse llevado á cabo el pensamiento, el resultado habría sido ruinosísimo, pues ni á tiros se hubiera podido hacerle tomar *un décimo* á esa gente que en un momento dado pudo aprontar mil millones de duros para pagar á los prusianos.

Y es que en Francia prospera en gran manera el ahorro, y, como los dineros cuestan mucho de ganar, nadie quiere exponerlos á la buena de Dios, en lo cual hacen santamente.

Aparte de esto, hay que desengañarse: el que nace para ocharvo... no llega nunca á real de plata,



El gato y el perro

aunque saque la rifa.

Esto ha sucedido recientemente en la misma ciudad donde ocurrió el sucedido del billete imaginario de que os hablé el otro día. Esta vez la cosa ha sido más lamentable aún.

Una porción de honrados pescadores que frecuentan una taberna de su barrio hicieron *sociedad* para comprar un billete, que quedó en poder del dueño, fiel custodio.

Llega el anhelado momento del sorteo, recíbense las listas, y ¡oh dicha! el número tantos aparecía premiado con una regular cantidad.

Apresuradamente van todos en busca de la preciosa aleluya encerrada dentro de una añaja cómoda; pero... ¡oh abominación de la desolación de la desesperación! ¡Los ratones habían hecho trizas, pedazos, papilla, el infeliz billete, ó, por mejor decir, el billete de los infelices pescadores!

Y nada más, sino que los interesados, desinteresados ya, hubieron de contentarse con gritar:—*¡Mala anegada fassin eixas ratas!* Interin, el importe del billete vuelve al Gobierno en virtud de lo taxativamente dispuesto en punto á billetes rotos ó deteriorados,



bien que éste que digo es algo más que roto, según parece, pues está roído.

Lo cual, sin embargo, no será obstáculo á que las víctimas vuelvan á jugar, seguramente.

Pasado esto de la rifa de Navidad, las conversaciones recaen casi por lo general en los resultados que darán las pruebas del nuevo submarino inventado por nuestro compatriota el oficial de la armada Sr. Peral.

Amigo de decir siempre con toda franqueza lo que pienso, he de manifestaros que la cosa no ha llegado á entusiasmarme, no por otro motivo que por tratarse de una invención belicosa y no estar yo por dichas cosas.

Fuera de esto, me alegraré mucho de que resulte bien, en la creencia de que Dios querrá no llegue nunca el día de probar de veras sus ventajas, aunque sobre este particular me trae algo escamado lo que lei el otro día en una revista francesa de universal reputación (*La Revue Rose*) sobre un barco por el estilo que se está construyendo en Tolon. En fin, ello dirá.

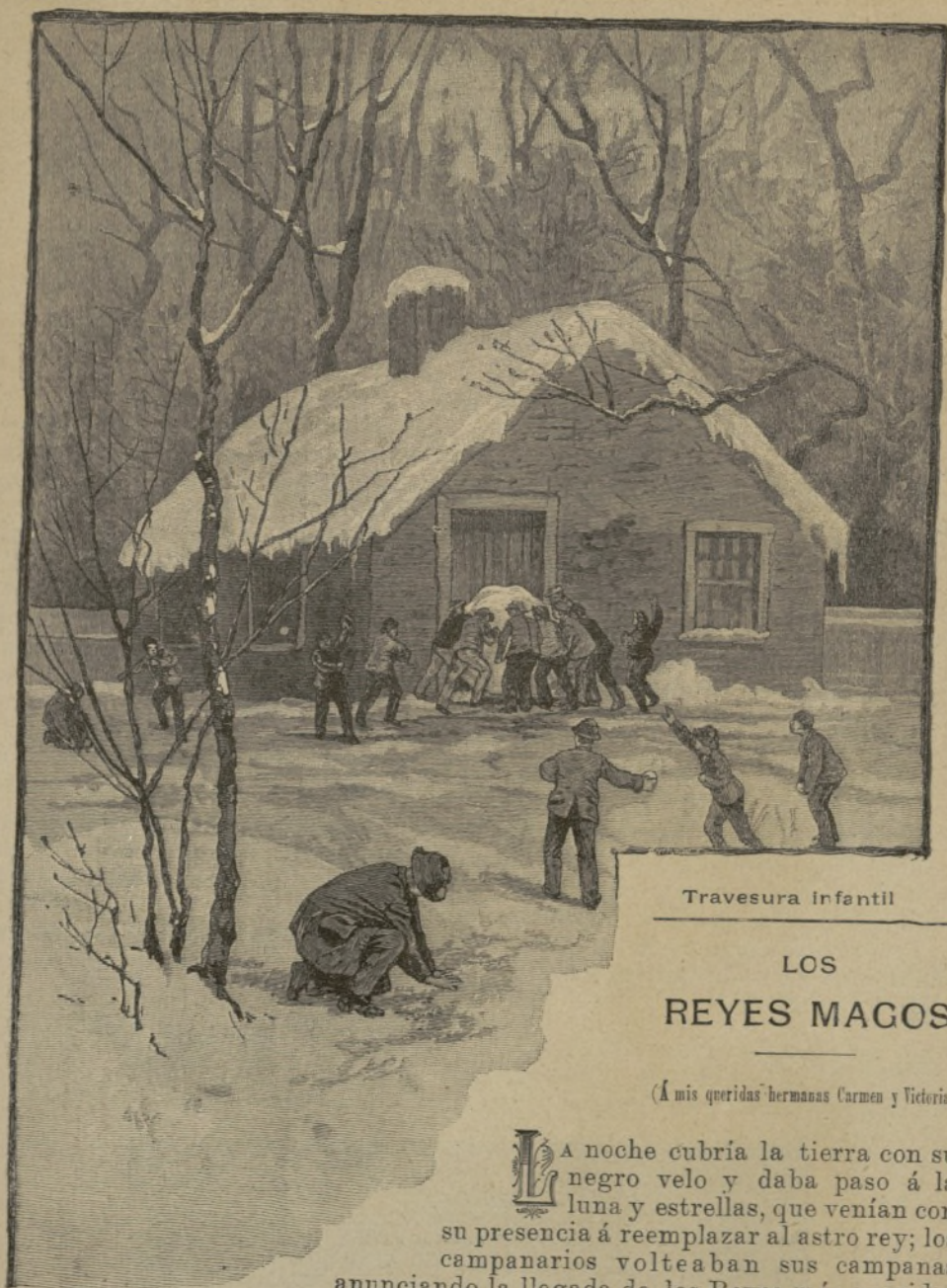
Otra cosa hay de que no han hablado tanto los periódicos, y es que el doctor D. Jaime Ferrán acaba de descubrir el microbio de la rabia, cosa que no había podido lograr el mismo M. Pasteur.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO







Travesura infantil

## LOS REYES MAGOS

(A mis queridas hermanas Carmen y Victoria)

**L**A noche cubría la tierra con su negro velo y daba paso á la luna y estrellas, que venían con su presencia á reemplazar al astro rey; los campanarios volteaban sus campanas anunciando la llegada de los Reyes más queridos por los niños, y multitud de éstos celebraban su venida haciendo resonar sus panderetas y tambo-

res delante de algún nacimiento.

En una casita de modesta apariencia, y sentados en pos de una mesa, estaban tres hermosos niños, Paco, Carmen y Victoria: aquél de ojos negros y tez blanca; éstas de rubias cabelleras, como las espigas doradas del trigo,



con la única diferencia que aquélla tiene los ojos negros como dos carbones y los de ésta son de un azul celeste que envidian los cielos.

Discutían, en la hora que los encontramos, sobre los regalos que, según sus cálculos, habían de traerles los Reyes, esos tres señores, de los cuales uno gasta larga barba blanca, otro la tiene rubia, y otro, que es sin duda el más cariñoso con los niños, la gasta negra. Llevaba la palabra Carmela y exponía su pensamiento y deseo de poseer una muñeca articulada y que dijese, por medio de algún resorte, *papá, mamá*; y esto era lo que, según ella, habían de traerle los tres señores. Victoria, más modesta, sólo pedía una cómoda, único mueble que, según ella, le faltaba á su casita. Llegó su turno á Paco, y, levantando la voz, exclamó:—Hermanitas, yo no quiero tonterías ni trastos inútiles: yo sólo quiero *dulces*, muchos *dulces*; y para que los Reyes no se excusen de dármeles por no haber muchos en mis botas, pondré las de papá, en las que, sin duda alguna, cabrán más que en las mías.

Una risotada vino á cortar las palabras de Paco, á la vez que la voz dulce de su mamá les avisaba que la hora de dormir había llegado, por lo cual se marcharon alegres á sus camas, no sin dejar sus botitas en el balcón, y de hacer sus cálculos Paquito para burlar el sueño y poder sustituir sus botas con las de su papá.

Levantáronse á la mañana siguiente llenos de ansiedad por ver los regalos que los santos señores les habían traído, pareciéndoles eternos los pocos minutos que echaron en vestirse. Después se abalanzaron al balcón, y ¡oh alegría! la muñeca y la cómoda estaban en su lugar.—¿Ves, tú?—le decía Carmen á Victoria.—¿Lo ves qué buenos son los Reyes?—Pero ¡oh desgracia! Paquito, al coger las botas de papá, sufrió un solemne chasco: en vez de sus botas y las de su papá, sólo existía un tarjetón con el siguiente letrero:

### LA AVARICIA ROMPE EL SACO

En tanto que las niñas corrían gozosas á enseñar á sus amigas los regalos, el pobre Paco lloraba sus desdichas amargamente, dando lugar á un regaño de su madre, que le prometió, si se enmendaba, comprarle más dulces y bombones que los que le hubieran traído los Reyes.

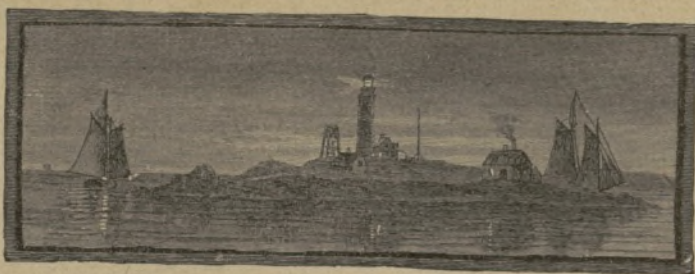
Tomad este ejemplo, hermanitas y camaradas, y procurad ser comedidos á fin de que en las presentes Pascuas no os veáis burlados y castigados como se vió Paquito.

ANTONIO RODRÍGUEZ Y GORDÓN

Málaga, 6 enero 1839







## PANTALON

(HISTORIA DE UN PERRO SABIO)

**H**ARÁ de ello unos treinta años. Veíase con frecuencia por las plazas públicas de París un hombre alto y enteco llamado Duclos, de oficio volatinero. Le acompañaban dos ayudantes inseparables: un hijo de doce años llamado Guillermo, y un perro de aguas llamado Pantalón. Este animal, esquilado en todo su cuerpo, no tenía más pelos que en las patas, lo cual le daba efectivamente el mismo aspecto que si llevara pantalones.

Aquel perro, adiestrado en hacer volatines y algunas travesuras, era lo único que conseguía reunir gente en torno del infeliz saltimbanqui.

Cuando Duclos preguntaba al adiestrado animal:—¿Qué hacen los hombres para conseguir honores y fortuna?—Pantalón agachaba la cabeza y se ponía á hacer una serie de genuflexiones y de muecas serviles que divertían grandemente á la gente.

Sucedió un día que el pobre volatinero se cayó de una alta pirámide formada de taburetes, rompiéndose un muslo y quedando sin sentido. Guillermo empezó á dar gritos y el perro á dar vueltas alrededor de su amo, mostrando inconsolable pena por no poder auxiliarle.

Los espectadores creyeron en un principio que era aquello una farsa calculada para moverles á compasión; pero pronto se convencieron de que el accidente había sido tan funesto como real.

Un agente de policía buscó dos hombres que se llevaron al herido en unas parihuelas. Iban á echar á andar, cuando Pantalón salta de repente á las piernas de un hombre que se alejaba, agarrándose con tal fuerza que no le soltaba á pesar de los palos que su presa le propinaba. En aquel momento volvió en sí Duclos y encargó á su hijo que buscara el bolsillo que se le había caído. Aquel bolsillo era precisamente lo que el perro apretaba entre sus dientes á través de las ropas del ladrón. Este fué registrado, y Duclos recobró el bolsillo que guardaba sus míseros ahorros. En seguida el herido, seguido de sus dos fieles compañeros, fué conducido al Hospital de San Luis.

El volatinero fué instalado en una sala de la que cuidaba un afamado doctor, el cual, conmovido por los ruegos de Guillermo, consintió en que éste permaneciera junto á la cabecera del lecho de su padre, llevando su condescendencia hasta permitir que el perro se quedara también.

Al día siguiente, al pasar la visita, vista la gravedad del enfermo, el doctor acordó la inmediata amputación del miembro lastimado. Al poco rato se acer-



caron dos enfermeros con una camilla. Guillermo quería acompañar á su padre, pero no se lo consintieron, temiendo que la emoción fuese perjudicial al herido. Cuanto á Pantalón, como nadie se fijase en él, fué más afortunado y pudo penetrar libremente en la sala de operaciones.

Al verlo el doctor exclamó:

—Echad ese perro.

Pero el volatinero suplicó que le dejaran á su lado, pretextando que la vista de tan fiel amigo le infundiría valor. Se accedió á su deseo, y, ya tendi-

do en la mesa de operar, el enfermo rodeó con uno de sus brazos la cabeza del can, apoyándola contra la suya. A los pocos momentos el acero del operador empezaba á desgarrar sus tejidos. Los lamentos del herido excitaron insensiblemente la cólera de Pantalón; tanto que al terminar la operación, al verse libre de los brazos de su amo, arremetió ferozmente contra operador y practicantes, lo que le valió una paliza tremenda que le fué propinada por los dependientes del hospital.

En la sala donde estaba Duclos había también un sacamuelas que había ejercido su oficio en ferias y mercados, pero que le era imposible continuarlo por haberle amputado algunos dedos. Entonces pensó en apoderarse de Pantalón para ganarse con él la vida. Al efecto lo mimó mucho, obsequiaba á su amo, le daba á él golosinas, lo sacaba á paseo por los patios del hospital, hasta ganarse por tales medios completamente la confianza del can.

Cuando le dieron de alta le pareció fácil cosa llevarse el perro, que ya le tenía cariño. Consiguio, en efecto, que lo siguiera; pero apenas hubieron andado corto trecho, el perro se volvió dirigiéndose al hospital. El sacamuelas consideró que iba á perder la jornada si no usaba de la violencia. Atóle, pues, un pañuelo al cuello, y á guisa de sogá empezó á tirar de él.

Todo inútil: el perro se resistía, pugnando para romper lo que le sujetaba.

Cuando aquel hombre desconfiaba de conseguir su objeto, acertó á pasar un enfermero del hospital, á quien el sacamuelas dijo:

—Duclos me ha vendido su perro, pero no quiere seguirme.

El enfermero, por toda contestación, dió un puntapié al perro para decirle á andar.

Al llegar al hospital contó á Duclos cuanto había visto y oído. La noticia fué un golpe terrible para el infeliz volatinero. Privado de su perro, no pudo resistir la lentitud de las horas de dolor y de inmovilidad del hospital. Una noche, cuando su hijo fué á verle, encontró vacía la cama que su padre había ocupado. Transido de dolor, salió de allí, prometiéndose no volver á poner los pies en un asilo donde tan amargamente había sufrido.

La víspera de la muerte de Duclos, Pantalón, rendido de fatiga y lleno de



El niño caballero





Enrique y su perro



barro, vagaba desde el amanecer á la puerta del hospital esperando que abrieran. Al poco rato llegó un alumno interno que, con gran contentamiento suyo, lo recogió, encerrándole en un cuarto para hacer luego experimentos con él.

El pobre animal logró burlar su encierro, y, olfateando el aire y la tierra, se dirigió al anfiteatro, donde habían llevado el cuerpo de su amo antes de conducirlo al cementerio. Por último, siguiendo siempre el rastro que olfateaba, encontró abierta una de las puertas del hospital, y siguió andando en dirección al cementerio del Padre Lachaise; pero la fatiga y el cansancio empezaron á debilitar sus fuerzas y pronto cayó extenuado en el arroyo para no levantarse más.

Mientras los curiosos se habían reunido haciendo mil conjeturas en torno del pobre can, acertó á pasar Guillermo, que, acompañado de un enfermero, se dirigía á su vez al cementerio del Este. Al ver el fiel amigo de supadre, lo recogió en sus brazos, sin poder dominar la viva emoción que su vista le causaba.

Aunque los ojos de Pantalón habían empezado á enturbiarse, volvió á dar señales de vida al sentir el contacto de su joven amo, en cuyas manos expiró á los pocos instantes.

A. OZORES



## EN LA MUERTE DE UN NIÑO

Miró á los astros, y entre las nubes  
que tachonaban el cielo azul  
vió que le hablaban tiernos querubes  
y se agitaban entre las nubes  
cual mariposas de nieve y luz.

Todos bajaron cerca del niño,  
le dieron alas de blanco tul,  
y entre arreboles de oro y armiño  
voló con ellos el dulce niño  
cual mariposa de nieve y luz.

Partido el pecho la madre lleva;  
mas, viendo al fondo del cielo azul,  
tiernas plegarias de amor eleva,  
porque los niños que Dios se lleva  
son mariposas de nieve y luz.

P. FORTOULT HURTADO





## Á UNA HOJA

Te miré cual la madre cariñosa  
 las flores abrigar,  
 temiendo de la brisa el leve soplo,  
 del sol la claridad,  
 de la luna los pálidos reflejos,  
 del alba el rutilar,  
 al insecto de múltiples colores,  
 al átomo fugaz.

Más tarde, la flor bella, marchitada,  
 el paso deja ya  
 al fruto, que proteges misteriosa  
 con tu verde cendal,  
 evitando que el rayo le marchite  
 del sol canicular,  
 ó que su cuerpo débil arrebate  
 furioso vendaval.

¡Pobre hoja! Ya seca y olvidada,  
 te miro resbalar  
 sin haber conseguido tus bondades  
 un recuerdo quizá;  
 pero debe servirte de consuelo  
 de tu amor el caudal  
 ¡y qué aun de muerta abrigas al mendigo!  
 No ambiciones ya más.

CARMEN BECEIRO

Santiago, noviembre 1888





## UNA HUÉRFANA EL DÍA DE REYES



ONTABA Carmencita sólo diez años, y huérfana y sola en el mundo se hallaba.

Mas una portera viuda y de edad avanzada la recogió en su casa para que la sirviese de compañía y al mismo tiempo para ayudarla. ¡Infeliz niña! ¡A tan corta edad verse ya desamparada!

Aunque la viuda quería mucho á la niña, ésta cada día echaba más de menos á sus padres y al hogar paterno.

La viuda y Carmencita pasaban todo el día en la portería. Allí almorzaban, comían, cenaban, dormían, y, en fin, con decir que era su casa está todo dicho.

Mas el día 5 de enero, que es al que yo me refiero, y como sabréis víspera de un día bien señalado para los niños, subió Carmencita á un recado á casa de una señora que habitaba en el primer piso, la cual tenía una hija de su edad, poco más ó menos, y la dijo:

—Di, Carmencita: ¿que no pones cestita esta noche y no has escrito á los Reyes?

A Carmencita se le saltaron las lágrimas y contestó:

—A mí no me traen los Reyes, querida Lola: yo no tengo padres.

—Pero ¿tú crees que son papá y mamá? Quien á mí me lo pone es la Virgen, que se lo da á los Reyes para que me lo pongan en el balcón. Conque, así, vete y pon la cesta en seguida, y verás cómo mañana te aparece con juguetes.

Carmencita, aunque sin esperanzas, así lo hizo.

La mamá de Lola, que había oído todo esto, salió al momento, y compró dos muñecas iguales, y colocó una en la cesta de Carmencita y otra en la de su hija.

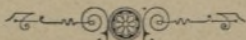
La alegría que recibió Carmencita al ver en su cesta una muñeca tan bonita, no se puede expresar; pero aun fué mayor al dar la vuelta y ver una tarjeta que decía:

*Carmencita: te la envía tu madre, la Virgen Santísima.*

Después que la leyó, corrió diciendo:

—¡Tengo madre! ¡No soy huérfana! ¡Y quien me manda los Reyes!

ELVIRA HERRERA GARCÍA





## + NUESTROS GRABADOS +

### EL GATO Y EL PERRO

Anita tenía un gato que era su favorito y al que parecía querer más aún que á su perro, aunque éste se mostraba muy cariñoso; pero, en cambio, el hermano de Anita dispensábale su protección. Los dos animales no vivían en buena inteligencia, y muchas veces Micifuf arañaba al perro sin motivo justificado. Cierta día los chicos de la casa, deseando castigar su atrevimiento, idearon una diablura: cogieron el gato, atáronle en la cola un cordel, y en la extremidad sujetaron una chocolatera vieja. El animal salió de la casa corriendo, espantado al oír el ruido que él mismo hacía; mientras que el perro, aprovechando aquella ocasión de vengarse, salió en su persecución á la carrera y le hizo probar la fuerza de sus dientes.



Los ratones

### TRAVESURA INFANTIL

El niño Narciso no era malo, pero á veces complaciase en algunas travesuras que demostraban mala intención, y el maestro de la escuela donde iba lo había reconocido así con frecuencia.

Cierta día, después de una violenta tempestad de nieve, reuniéronse los chicos para hacer bolas y figuras con el frío material; pero Narciso propuso formar una gran mole redonda como la tierra en que vivimos. Hizose así, y muy pronto la enorme bola llegó á tener tales dimensiones que á duras penas se podía hacerla rodar.

—¿Dónde la pondremos ahora?—preguntaron los chicos.

—En ninguna parte estará mejor que apoyada á la puerta de la escuela,—dijo Narciso, animado en aquel momento de una mala intención.

Algunos muchachos se opusieron al principio; pero como aquél dijese que aquello no haría mal á nadie, hicieron rodar la bola é interceptaron con ella la puerta de la escuela.

Al día siguiente, cuando el maestro llegó, se vió precisado á llamar á un hombre para que con una pala rompiese la bola, pues no podía entrar. Cuando los chicos llegaron, creyeron que el maestro les reñiría á todos; pero como no faltó quien acusara á Narciso como autor de la travesura, él fué el único castigado.



Los ratones

### EL NIÑO CABALLERO

Los padres de Ricardo vistiéronle un día como un caballerito para ir á paseo: llevaba un sobretodo muy largo, gorra de piel nueva y bastón. Al principio parecía estar muy orgulloso de sí mismo; pero muy pronto se cansó de su ropa nueva, y apenas volvió á casa despojóse de ella para vestir la de diario é ir á jugar un rato con sus compañeros, lo cual le divirtió mucho más que ir á paseo para lucir su nuevo traje.

### ENRIQUE Y SU PERRO

El niño Enrique tenía la costumbre de ir todos los días á la playa á jugar con su perro, corpulento mastín tan fiel como dócil; y uno de sus pasatiempos favoritos consistía en cubrirle con la húmeda arena, simulando que le enterraba. Cierta día, cuando más entretenido estaba en semejante ocupación, oyó la campana que anunciaba la hora de comer, y, reco-



mendando á su perro que no se moviese, corrió á su casa. Cuando volvió, el animal no estaba ya allí, y las aguas del mar habían cubierto el sitio donde le dejara.

Entonces creyó que se habría ahogado y quiso trepar á una roca para ver si estaba por allí; pero resbalósele un pie y cayó al agua.

—¡Socorro, socorro!—gritó, creyendo llegada su última hora.

Afortunadamente para Enrique, el fiel perro, que estaba escondido detrás de una roca, corrió en auxilio del muchacho, que, cogiéndose al cuello del noble animal, pudo librarse de una muerte cierta.

### LOS RATONES

Soy ratón, y vivo debajo del suelo con mi mujer y cinco hijos. Durante la noche recorreremos toda la casa, y sobre todo el comedor, porque los niños dejan allí muchos restos que nos sirven de alimento, como pan y manteca, y otras golosinas á que somos muy aficionados. Como la casa es antigua y hay numerosas grietas y agujeros, el otro día me pude introducir en la despensa, donde el ama guarda todos los comestibles, y allí encontré más



Los ratones

de lo suficiente para alimentar á toda mi familia durante algún tiempo. Tantas han sido mis fechorías, que la señora ha reconocido al fin mi presencia y puesto una ratonera para cogerme. Sin embargo, yo sabía ya que esa especie de cajones son peligrosos, y, por lo tanto, no he caído en la tentación de coger el pedazo de queso que había dentro.

Por los preparativos que hacía el ama de la casa después de encontrar el agujero por donde yo me introducía, he adivinado que trataba de taparlo; pero he tenido la suerte de escapar á tiempo, y todos nos hemos subido después á la boardilla, donde estaremos más seguros.

### EL NIÑO EN EL CAMPO.—VII. En la cama

La actividad del día necesita el reposo de la noche. El niño, cansado, pero no fatigado, de haber corrido y triscado tantas horas, goza en breve de un sueño reparador, alegrado por la reaparición de las graciosas escenas de que ha sido actor y testigo. Ante sus párpados cerrados surgen visiones de praderas de esmeralda, de cielos de topacio, de ríos que parecen cintas de plata, de lagunas semejantes á bruñidos espejos de acero. De nuevo perciben sus oídos el gorjeo de los pájaros, y bandadas de mariposas revolotean en torno de su cama. El sueño de la inocencia extiende su placidez y sus sonrisas en el rostro del niño, y viene su madre y lo besa.

## LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

En la oscuridad en que estaba sumergido, oyó, debilitada por la distancia, la canción de acción de gracias de la avecilla. Entonces se deshizo en lágrimas pensando que Dorotea echaba siempre migajas de pan á los pajarillos en la plaza de la Iglesia.

Rechinó la llave en la cerradura, oyó pasos sordos, y una voz hombruna (la misma que había dicho á su padre:—Tenéis aquí un perrillo rabioso al que hay que abozalar—) pronunció las palabras siguientes:



—Me habéis á veces acusado de torpeza. Vais á ver ahora lo que me he traído por doscientos miserables florines.

Otra voz refunfuñó y votó. Acercáronse pasos y el corazón del niño latió hasta romperse. Los hombres desembalaron la estufa, y la segunda voz exclamó:

—¡Esa estufa es digna de un rey! ¡No tiene rival! ¡Es más hermosa que la gran estufa de Hohensalzburgo! ¡Sublime! ¡Magnífico!

Pór dicha no se les ocurrió á aquellos hombres mirar adentro, pues si hubiesen descubierto á Augusto no hubiesen dejado de matarle. ¡Como el carabinero bávaro había matado á su tío!

Al cabo de una hora retiráronse los dos hombres á un lado y se pusieron á hablar de dinero y de beneficios enormes. El nombre del rey repetíase muy á menudo en aquel palique.

Por fin, los dos hombres cerraron el postigo de la ventana y dieron doble vuelta á la llave al cerrar la puerta. Augusto, que no comprendía muy bien su alemán, había comprendido, sin embargo, que iba á enseñarle Hirschvögel á algún gran personaje.



Los ratones

Al cabo de una hora dejóse oír de nuevo rumor de pasos en la escalera. Abrióse la puerta bruscamente. Los dos traficantes hablaban humildemente del honor que se les dispensaba, del agradecimiento que experimentaban, y enumeraban una porción de títulos pomposos para lisonjear, sin duda, á la persona que les acompañaba.

Una voz, más dulce y más distinguida, pronunció esta sola palabra:—*Wunderschön!* (1)—Augusto se sintió tan orgulloso y tan feliz con este testimonio de admiración, que olvidó momentáneamente todos sus temores y todas sus angustias.

—*Wunderschön!*—repitió el forastero. Y Augusto comprendió que examinaba la estufa en todos sus pormenores.

—Debió ser para el emperador Maximiliano,—repuso el forastero después de una larga pausa. Augusto se creyó perdido, y se apelotonó cerrando los ojos, en el momento en que el forastero abría la puerta de la estufa para examinar el trabajo.

Estaba tan oscuro allí dentro, que el gran personaje no vió al pequeño aventurero. Después de haber cerrado la puerta, el forastero habló largo tiempo en voz baja con los dos hombres. Una vez más oyó Augusto pronunciar el nombre del rey, muchas veces repetido. El forastero se marchó, acompañado de uno de los mercaderes, mientras el otro de éstos cerraba los postigos. Este último se fué también, cerrando la puerta con doble vuelta.

Augusto, entonces, se atrevió á desperezarse y respirar libremente.

Era tarde, sin duda, puesto que para acompañar al forastero uno de los mercaderes había encendido una lámpara.

(1) —¡Maravillosamente hermoso!



El niño en el campo.—VII. En la cama



Augusto iba, pues, á pasar la noche en aquella tienda, solo con Hirschvögel. Pensó aún en los que había dejado allá abajo: compadecía los sinceramente de que estuviesen privados de la compañía de la gran estufa; y, como la compañía de la gran estufa no le impedía tener miedo, comenzó á llorar.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.